

Medio	El Mostrador
Fecha	29-9-2014
Mención	La santa “Santa SEP” en escuelas pobres, columna de Alejandra Falabella, investigadora del CIDE de la UAH.

29 de septiembre de 2014

La santa “Santa SEP” en escuelas pobres



ALEJANDRA FALABELLA

CIDE, Universidad Alberto Hurtado

ENVIAR RECTIFICAR IMPRIMIR

Es usual escuchar opiniones respecto a las bondades relativas de la Subvención Escolar Preferencial (SEP), y también es común escuchar a directores de establecimientos escolares hablar de la “Santa SEP”, pues a través de ella pueden recibir hasta un 60% más de la subvención.

Twitter

Es cierto, ¿quién podría negarse a decir que los establecimientos que atienden a niños en contexto de pobreza no requieren mayor financiamiento?

Pero se debe entender bien que la SEP no es simplemente un aumento del *voucher*, pues se entrega a condición de incrementar, por ejemplo, los resultados Simce, entre otras metas “de eficiencia”. La lógica que esta política supone es que la **rendición de cuentas por resultados**, junto a mayores recursos y asistencia técnica (ATE) generarían una mejora continua en los establecimientos.

El discurso de la política ha sido que estas escuelas “a pesar” de su contexto vulnerable deben incrementar sus resultados, y se exponen ejemplos de “escuelas eficaces” para animar a otros que es posible, que sí se puede. No obstante, la política niega la compleja y diversa realidad a la que se enfrentan las escuelas en contexto en pobreza.

Pues bien, al contrario de lo que se cree y sobre la base de un reciente estudio empírico (y a manera de [continuación de una columna anterior](#)) es posible argumentar que –particularmente– en las escuelas con bajo rendimiento y ubicadas en contextos de marginalidad urbana, es donde la política de **rendición de cuentas** de la Subvención Escolar Preferencial genera mayores efectos nocivos; y, esto, a pesar de la entrega de mayores recursos y apoyo técnico.

La exigencia de metas Simce y responsabilización por resultados en estos establecimientos – como lo hace la política– es inefectivo e injusto. Se requiere de un cambio de paradigma. Pasar de un modelo de estandarización, prescripción y amenaza, con una asistencia técnica intermitente y externalizada (ATE), a un modelo de apoyo integral y profesionalizante, que contemple un sistema territorial de apoyo y asesoría permanentes; metas y evaluaciones contextualizadas y a largo plazo; y un mejoramiento sustantivo de las condiciones de trabajo de los docentes.

En estos casos, la vida escolar tiende a girar en torno al cumplimiento de metas estandarizadas, y se identifican mayores prácticas de adiestramiento para el Simce y de presión hacia los niños.

Los docentes muchas veces lamentan estos efectos negativos, pero a la vez sienten que es tal el riesgo de ser mal evaluados, que deben realizar estas prácticas para asegurar un mejor rendimiento, sacrificando responder a las necesidades contextuales y seguir sus propios criterios profesionales.

Cuando se visita este tipo de escuelas es común escuchar un alegato constante respecto a las dificultades que significa trabajar allí, como es la atención a niños con mayores dificultades de aprendizajes (generalmente excluidos de otras escuelas); la alta rotación docente y licencias médicas recurrentes; alta diversidad en el aula; frecuentes problemas socioemocionales de las familias; y la dificultad para atraer docentes bien preparados.

En estas escuelas de marginalidad urbana existe una fuerte sensación de ser incomprendidos por la política y de ser juzgados injustamente; de ser los últimos en el *ranking* a pesar del enorme esfuerzo pedagógico, emocional y físico que exige el trabajo docente. Para muchos esto puede ser una autovictimización de los actores, pero es a la vez un intento de parte de ellos de comprender y legitimar las dificultades sistémicas a las que se enfrentan.

La exigencia de metas Simce y responsabilización por resultados en estos establecimientos –como lo hace la política– es inefectivo e injusto. Se requiere de un cambio de paradigma. Pasar de un modelo de estandarización, prescripción y amenaza, con una asistencia técnica intermitente y externalizada (ATE), a un modelo de apoyo integral y profesionalizante, que contemple un sistema territorial de apoyo y asesoría permanentes; metas y evaluaciones contextualizadas y a largo plazo; y un mejoramiento sustantivo de las condiciones de trabajo de los docentes.

Así, sí podríamos pensar en una “Santa SEP” que apoye de modo más certero a las escuelas que trabajan en contextos de pobreza.

